

HUMANIDADES

TRABAJO FINAL DE CARRERA

MEMORIA EN CLAVE DE

PRESENTE

MARIA ELENA LOPEZ SENOSIAIN

## TRABAJO FINAL DE CARRERA

### MEMORIA EN CLAVE DE PRESENTE

#### INDICE

1.	Introducción .....	3
2.	Breve historia de Melilla .....	7
3.	La sublevación del 17 de julio de 1936 .....	14
3.1	Los preparativos .....	14
3.2	Los preparativos en Melilla .....	17
3.3	El 17 de julio en Melilla .....	22
4.	Conclusiones .....	32
5.	Bibliografía .....	37

## 1. INTRODUCCIÓN

La Guerra Civil española “comenzó en Melilla veinticuatro horas antes que en el resto de España, un solo día, que fue ostentado como blasón durante décadas, y, después, como antecedente penal, como lacra difícil de borrar en un traje immaculado” (Severiano Gil, 2005)<sup>1</sup>. Como bien recoge Severiano, conocido novelista local (militar de profesión), el título de “adelantada en el alzamiento nacional” acompañó a Melilla durante muchos años (desde su concesión por Decreto de 1 de marzo de 1962), y parece una justificación suficiente el hecho de que quien va a realizar esta Memoria lleve tanto tiempo en esta ciudad que la considere como suya, y desee profundizar en el asunto que convirtió a Melilla, durante buena parte del siglo XX, en la “perla mimada” o “cenicienta histórica encontrada en la buhardilla africana” (Severiano Gil, 2005).

La Memoria se basará en los hechos ocurridos en un solo día, el 17 de julio de 1936. Pero esos hechos no pueden verse de forma aislada. El papel que jugó Melilla en la sublevación no depende de un solo día. Son múltiples los factores que tuvieron que incidir antes de la llegada del fatídico día. Esos factores se refieren, sobre todo, a su situación geográfica. Su localización en el Norte de África, donde se encontraban los máximos dirigentes de los militares sublevados (no directamente en Melilla, sino en la zona del Rif, en las posesiones españolas en Marruecos), marcó su destino. Su aislamiento de la Península ha sido y será siempre su mayor lacra. Su condición de plaza militar la ha acompañado desde 1497, año en que se produce el desembarco de tropas españolas en los territorios que hoy conforman la zona amurallada de Melilla. Dotada de una guarnición militar durante todos los periodos de su historia, Melilla llegó al siglo XX ostentando esa premisa. Además se encontraba a la cabeza de unos territorios colindantes que conformaban el Protectorado español en Marruecos. Por tanto, en este lugar y sus alrededores se concentraba un amplio y preparado ejército. Estos militares, que no eran simples reclutas de reemplazo, también llevaban en sus filas a oriundos de las tierras africanas. A todo esto hay que sumar el entramado político que acompañaba a la Segunda República española, que dio lugar a un periodo terriblemente

---

<sup>1</sup> Historia de Melilla. Antonio BRAVO NIETO y Pilar FERNÁNDEZ URIEL Ciudad Autónoma de Melilla. Consejería de Cultura y Festejos. Melilla, 2006. Pág. 640.

violento antes del alzamiento y, con posterioridad, se mostró como totalmente inestable, titubeante y débil.

Según Antony Beevor, el alzamiento estaba previsto para el 18 de julio, y, simplemente, en Melilla se descubrió el plan de los rebeldes un día antes. La indecisión del general Romerales (comandante general de Melilla), que no se decidió a arrestar a los oficiales sospechosos, llevó a éstos a moverse con rapidez y fueron ellos los que arrestaron al comandante general aun a riesgo de que los demás conspiradores no estuviesen preparados<sup>2</sup>. Esta sencilla explicación de Beevor, sólo nos informa de que en Melilla, a pesar de que estuvieron espabilados en los departamentos de información, no respondió de igual forma la persona que tenía que tomar las decisiones (en este caso, el general Romerales), a quien, por supuesto, su indecisión le costó la vida.

La conclusión de Beevor, a posteriori, parece clara: la República subestimó a los sublevados. Según este mismo autor, si todos los gobernadores civiles hubiesen actuado con rapidez oponiéndose a los rebeldes, y, a su vez, la República hubiese autorizado a entregar armas para su defensa, otra historia estaríamos contando hoy, desconocemos si mejor o peor.

La pregunta de investigación nos llevará a analizar qué papel jugó Melilla en todo el entramado militar rebelde. Quizá fue simplemente casualidad el hecho de que el alzamiento se descubriera y tuvieran que adelantarlo, como insinúa Beevor. O estaba perfectamente acordado que se iniciaría la sublevación a las cinco de la tarde del 17 en Marruecos para ser seguido dentro de las 24 horas siguientes por todas las guarniciones más importantes de la península, como afirma Gabriel Jackson<sup>3</sup>.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, en la que España no participó, parecía que la democracia había triunfado en Europa. A lo largo del periodo de entreguerras, en muchos países la población se desencantó con la democracia, porque no resolvía sus problemas. La Gran Depresión precipitó unos efectos grandes e inmediatos sobre la política y la opinión pública. Se produjo una polarización de las posiciones políticas: gran parte de los obreros optaron por la revolución, mientras otra parte de la sociedad, principalmente las clases medias, defendió los gobiernos fuertes ultranacionalistas y

---

<sup>2</sup> La Guerra Civil española. Antony BEEVOR. CRÍTICA. Barcelona, 2005. Pág. 83.

<sup>3</sup> La República Española y la Guerra Civil. Gabriel JACKSON. CRÍTICA. Barcelona, 1999. Pág. 214.

anticomunistas. La década de los 30 sorprende a Europa con el auge de los fascismos. Desde el año 1922 Mussolini gobierna en Italia, y, en 1933, llega Hitler a Alemania. La coyuntura europea propiciará el respaldo que, años más tarde, llevó al triunfo en España de la sublevación rebelde.

En 1931 triunfa la República en España, año en el que el Rey Alfonso XIII abandona el país. El ambiente que se vivía en aquellos tiempos de República en España dista mucho de la visión idílica que hoy en día se tiene de aquel periodo. Hoy nos lo presentan como un paréntesis de democracia y valores constitucionales, y, aunque no deja de ser cierto, a esto también le acompañaban otras realidades que ya interesan menos. Por algo dice Beevor que “la Guerra Civil española es uno de los pocos conflictos modernos cuya historia la han escrito con mayor eficacia los perdedores que los vencedores”<sup>4</sup>. Y así ha llegado a nuestros días. Los desatinos de los dirigentes de la Segunda República española, los gravísimos y cruentos conflictos que se dieron durante la década de los treinta, las penosas soluciones dadas por los estamentos políticos y militares, y el descontento general que reinaba en todos los sectores, parecen olvidados o infravalorados, pues lo que vino después fue aún más triste y está más fresco. Sólo importa que hubo una larga guerra civil y que durante casi cuarenta años carecimos de libertad.

A pesar de haber revisado el diario “El Telegrama del Rif” de aquellos días del mes de julio de 1936, cuyos ejemplares se encuentran custodiados en la Biblioteca Pública de la ciudad de Melilla, nada en el diario hace presagiar lo que estaba a punto de ocurrir. Aparte de la huelga del pan, que comentaremos más adelante, la ciudad respiraba un aire tranquilo.

De la visita a los centros de documentación militar (Archivo, Biblioteca y Museo Militares) destaco el descubrimiento de un ejemplar del libro que me ha facilitado todo el trabajo: se trata de la obra del melillense Vicente Moga, llamada *Las heridas de la historia. Testimonios de la guerra civil española en Melilla*, publicado en 2004 por la editorial ALBORAN BELLATERRA.

La estructura del trabajo es la siguiente:

---

<sup>4</sup> La Guerra Civil española. Antony BEEVOR. CRITICA. Barcelona, 2005. Pág. 8.

- Introducción.
- Historia de Melilla. Melilla es la gran desconocida, por lo que creo conveniente introducir un resumen de su amplia historia. Lo realmente relevante comienza en el año 1497, y nos centraremos en el siglo XX. En este punto, no sólo resulta importante relatar los hechos que ocurrieron a principios de siglo en la ciudad, como el Desastre de Annual, sino de la llegada de la República, como antecedente de la guerra civil.
- La sublevación del 17 de julio de 1936 es el apartado clave del trabajo. Para explicar con exhaustividad cómo sucedió se distribuirá la información en tres epígrafes: Los preparativos de la sublevación, tanto los más generales que afectaron a toda España, como los más particulares en la ciudad de Melilla y en la zona del Protectorado, y, por último, el 17 de julio en Melilla.
- Conclusión.

Partimos del hecho de haber encontrado diferentes versiones del mismo suceso. Si bien las Historias de Melilla (tanto de Bravo Nieto como los Apuntes de su historia militar) como Gabriel Jackson aseguran que estaba planeado el alzamiento en Melilla para el 17 de julio (y así se nos ha “vendido” a los españoles, y sobre todo a los melillenses, a través del nombramiento de “adelantada” a la ciudad), Beevor lo asimila a un hecho casual (sin utilizar esta terminología) y la reveladora obra de Vicente Moga, donde relata con todo detalle lo sucedido en esas horas, lo confirma.

## 2. BREVE HISTORIA DE MELILLA<sup>5</sup>

La actual Ciudad Autónoma de Melilla es un enclave español situado en la región del Rif, al norte de Marruecos. Limita, al norte y al este, con el Mar Mediterráneo, y al sur y al oeste, con Marruecos. El territorio melillense se extiende sobre 12 kilómetros cuadrados y alberga una población de unas 70.000 personas.



Según antiguas fuentes, la ciudad de Melilla se asienta sobre la antigua ciudad fenicia llamada Rusadir. Restos arqueológicos remontan los orígenes de Rusadir hacia el 4.000 a.C. La situación tan estratégica del solar urbano, al abrigo del cabo Tres Forcas permite sugerir que el puerto de Rusadir constituyó uno de los puntos de escala más importantes y seguros en la navegación por la costa africana de la ruta Gadir-Cartago. El propio nombre “Rusadir” da cuenta de las características del asentamiento (cabo imponente o cabo grande), igual significado que el nombre que recibió en griego “Metagonium”. Están documentadas las travesías sin escala de unos 140 Km (75 millas) en el Mediterráneo, desde el Mesolítico. Cayo Plinio (23-79 d.C.), célebre naturalista romano y autor de *Naturalis Historia*, recoge el topónimo *Rhyssadir*, al que localiza al “este del promontorio del cabo Tres Forcas”, y le atribuye las funciones de *Oppidum et portus* (ciudad y puerto).

Tras la caída de Cartago, parece que se mantuvo una etapa especialmente favorable para la apertura de los mercados y el desarrollo de las relaciones entre los pueblos mediterráneos protegidos por la hegemonía de Roma. La ciudad supo aprovechar el momento, mantener y consolidar su posición en los circuitos mercantiles.

<sup>5</sup> BRAVO NIETO, A. y otros. Historia de Melilla.

Los testimonios arqueológicos parecen indicarnos que la Rusadir de entonces gozaba de una de sus etapas más importantes de florecimiento y prosperidad. Su importancia económica y entidad de población se atestigua por la acuñación de su propia moneda y es que hay pruebas de la existencia en Rusadir de una ceca. En el siglo I d.C. Mauritania (en cuyo territorio se encontraba Rusadir) pasó de ser reino aliado a provincia romana.

Es posible que durante el siglo III, Rusadir se mantuviera como uno de los únicos puertos de enlace de aquella región africana, entre la Mauritania Cesariense y la Tingitana.

Una extensa laguna de conocimientos se extiende en la historia de Melilla desde el siglo III, hasta el siglo X. Desde la mención de Rusadir en el Itinerario de Antonino, del siglo III, se pierde el rastro de la ciudad. El silencio de la literatura ha venido acompañado de la inexistencia de restos materiales en el solar de la ciudad. Es probable que en época bizantina, en los siglos VI y VII, existiera un intento por renovar la ocupación del emplazamiento de la antigua Rusadir. La tesis de la desaparición total de Melilla se fundamenta también en el hecho de que en los asentamientos de la zona se produce una continuidad de los nombres de las ciudades que se mantuvieron, produciéndose una arabización del viejo topónimo. Por el contrario, en el caso de Melilla esta continuidad toponímica no se produce y el lugar deja su nombre de Rusadir para pasar llamarse Melilla. Para explicar el origen del actual nombre no hay una teoría válida. “Mlil”, “Amlil”, “Malil” o “Malila” son topónimos de origen árabe o bereber que pudieron dar lugar al nombre actual de la ciudad. A pesar de las contradicciones de las fuentes, parece claro que la ciudad fue conquistada por Abderrahman III en el siglo X. La Melilla de los siglos X y XI era una ciudad creciente en importancia, con un núcleo de poblamiento bereber bastante homogéneo. En el año 1081, las tropas almorávides, bajo el mando de su Emir Yusuf Ibn Taxfin, decidieron tomar el Rif. En su incursión conquistó Melilla y acabó con el reino de Taifa. Se fija el año 1272 como el momento concreto en el cual los benimerines se apoderaron de Melilla.

Un nuevo vacío de documentación se cierne sobre Melilla a partir de mediados del siglo XIV. No juega papel alguno en los hechos de esta época, ni tampoco es objeto de visitas reales. Sufre la misma decadencia y letargo que el reino de Fez, al que pertenecía. Durante el siglo XV se produce la conversión de la población en cabileños, abandonando en la ruina el viejo enclave urbano.

En esta situación se hallaba Melilla cuando fue conquistada por las tropas del Duque de Medina Sidonia. Los Reyes Católicos comenzaron en 1492 los tratos con jefecillos africanos para iniciar la posible toma de Melilla. Cuando llegaron las tropas de Pedro de Estopiñán, mandadas a tomar Melilla por el duque de Medina Sidonia (que a su vez seguía órdenes de los Reyes), quedaron consternadas ante el triste espectáculo de fuego y desolación. El 17 de septiembre de 1497, las tropas del Duque tomaban posesión de unas ruinas. Las nuevas posiciones se consolidaron mediante la construcción de murallas (falsas o fingidas en un primer momento, pero que cumplieron su cometido). La conquista se ofreció a los Reyes Católicos y la ciudad se incorporó a la Corona. Desde entonces, hasta hoy, Melilla ha permanecido dentro de los límites territoriales españoles sin solución de continuidad.

El primer asentamiento se realizó sobre un promontorio de roca calcárea. La zona se amuralló y hoy se la conoce como “primer recinto”, pues con el paso de los siglos Melilla fue apoderándose de los territorios anejos y así formalizó el segundo, tercero y cuarto recintos, separados algunos de ellos por fosos y otros constituidos por fuertes (el cuarto). En sus inicios, la plaza era un “presidio”. Las reducidas dimensiones del emplazamiento obligaba a la guarnición de soldados a convivir con los convictos desterrados. A ellos había que unir las familias de la guarnición y los miembros de la tripulación de las embarcaciones de abastecimiento. Los habitantes de Melilla pasaban momentos de angustia por falta de víveres cuando la mar se embravecía o se encontraban cercados por el enemigo. En ocasiones, la guarnición se veía obligada a realizar salidas a las poblaciones cercanas para apoderarse de los víveres del entorno y así subsistir hasta el arribo de las embarcaciones cargadas de víveres. Esta dependencia con los puertos peninsulares para su abastecimiento contribuía a que la situación de la plaza fuera vulnerable ante la carestía de alimentos, armas, materiales constructivos u otros enseres. Por tanto, se constata una numerosa presencia masculina en Melilla que aumentaba las posibilidades de contraer segundas nupcias por parte de las viudas, que muy a menudo se hallaban en esta situación debido a la frecuencia de fallecimientos en el campo de batalla. La tasa de natalidad era alta y también los nacimientos ilegítimos. La mortalidad femenina venía dada por complicaciones en el parto, por lo que el oficio de muchas mujeres era el de partera o comadrona. Todas estas especiales características de la plaza prorrogaron su peculiaridad social hasta bien entrado el siglo XX.

En el siglo XVIII se produjo un asedio verdaderamente peligroso por parte del ejército de Muley Ismail. Aunque hubo partidarios del abandono de la plaza, la ciudad resistió y se conservó bajo la corona. La clave de su resistencia fue el extraordinario sistema defensivo que la plaza presentaba. Sus murallas la protegían mediante una secuencia de recintos (primero, segundo, tercero y cuarto) y que fueron insalvables para el enemigo, incapaz de apoderarse de todos ellos pues cada parte de la fortificación era defendida por otra. Permanece hoy como uno de los mejores ejemplos de la evolución de las fortificaciones en la época moderna en lo que fue el Mediterráneo español.

En el siglo XIX, surge la idea de ampliar los límites de Melilla. El sultán de Marruecos acepta la proposición española de ensanchar los límites de la ciudad y establecerlo en un tratado internacional. Se firma el tratado por el que Marruecos cedía a España el territorio próximo a Melilla, tomando como base el alcance de un cañón de a 24. El 16 de junio de 1862, el cañón “Caminante”, disparado desde el fuerte de la Victoria, trazó el radio de lo que habría de ser la delimitación de la moderna Melilla.

A finales del siglo XIX, se comienza la construcción de los fuertes exteriores que pueden considerarse como su quinto recinto fortificado. Al amparo de estos fuertes la ciudad se expande y se inicia la consolidación de varios barrios al margen del primer recinto. Tanto intramuros como extramuros, la ciudad comenzaba a transformarse vertiginosamente, doblando y triplicando su población en pocos años.

En 1912 nace el Protectorado de España en Marruecos, que marca la historia del primer tercio del siglo XX en Melilla. España y Francia se reparten el Norte de África, correspondiéndole a España la zona más conflictiva, conocida como “la espina del Rif”. Desde ese momento, España dedica numerosas tropas (que pasan por Melilla) para asentar sus posiciones en el Protectorado. Esos asentamientos, precipitados y desordenados, son los que luego darán lugar al “desastre de Annual” de 1921, donde se pierde, en unos días, casi todo el territorio ocupado durante todo el periodo, además de las numerosísimas bajas personales, muchas de ellas producidas de forma especialmente cruenta y dramática. El desastre dejó reducida la Comandancia General a la ciudad de Melilla y algunos puestos avanzados en sus inmediaciones.

La guerra de Annual cambió por completo la fisonomía del ejército español. Tras el Desastre del 21, que sumió a España en una profunda crisis política con

dimisión del gobierno incluida, se encargó un pormenorizado estudio de los acontecimientos, realizado por el General Juan Picasso González, y conocido como Expediente Picasso. La investigación llenó 19 capítulos y casi 2.500 folios. En la obra de Antonio Carrasco García, *Annual 1921, Las imágenes del desastre*, se recoge la transcripción del informe final realizado a partir del Expediente Picasso, y que dio lugar a la depuración de responsabilidades. Por todo ello, en el año 1925, el ejército ya no era al artificio obsoleto y caduco del 21. Los mandos pasaron de ser el figurín siempre erguido que se dejaba matar con bizarría a un elemento eficaz de la cadena capaz de hacer realidad un planteamiento previo, y los oficiales de 1925 fueron los jefes de batallón que encabezaban las columnas que ganaron la Guerra Civil. En 1925, Francisco Franco es ascendido a coronel y dirigió la primera oleada de tropas de tierra en Alhucemas. Este desembarco, junto con la invasión francesa del sur, significó la recuperación de España de sus posiciones en el Protectorado.

El 28 de abril de 1931 quedó constituido el Ayuntamiento republicano, con la toma de posesión de treinta y cinco concejales. El alcalde fue Juan José Mendizábal Echevarría. Esos primeros años de andadura republicana fueron muy inestables, ya que hubo una sucesión de alcaldes y dimisiones en poco tiempo. El acuerdo llevado a cabo por los partidos de izquierdas el 15 de enero de 1936, dio como resultado la victoria del Frente Popular en Melilla. Este pacto estaba formado por los partidos Socialista, Comunista, Demócrata Federal y Unión Republicana. El alcalde fue Antonio Díez Martín, por aclamación popular. Con esta victoria, se produjeron cambios en los puestos políticos más importantes de esta ciudad: el general Manuel Romerales como jefe de la Circunscripción Oriental de Marruecos y el nuevo delegado del gobierno, Jaime Fernández Gil de Terradillos.

Durante este gobierno, fueron numerosas las quejas dirigidas hacia el Estado, ya que apenas se invertía y la ciudad estaba colmada de problemas. Este hecho era el causante de tanta dimisión política. Estos problemas eran tanto de carácter económico como social: aumento del paro obrero, la inmigración, la beneficencia, la carencia de viviendas, la falta de infraestructuras, etc. Con este ambiente de tensión, caminando hacia el año 1936, la situación empeoraba. El 4 de marzo de 1936 se produjo el primer incidente: varios individuos armados con pistolas entraron en una casa de comidas obrera, hicieron salir a unos obreros y se los llevaron a las tapias del Cementerio donde

los maltrataron. El 1 de abril cuatro personas declaradas comunistas asaltaron el Banco Bilbao y fueron fusiladas después de la sublevación.

El Ayuntamiento intentaba que se readmitieran a los obreros del puerto despedidos en el año 1932, en evitación de más conflictos sociales, pero conforme avanzaba 1936 mostraban su impacto las llamadas huelgas de acción directa. Estas afectaban a todos los sectores productivos, con especial incidencia en el ramo de la panadería, que se había declarado en huelga en marzo, debido a que los patronos no aceptaron las exigencias de los Jurados Mixtos para sustituir a los trabajadores, durante su descanso semanal, por panaderos profesionales. La citada huelga de los panaderos pareció alcanzar un acuerdo el 10 de julio de aquel año, y así lo reflejó “El Telegrama del Rif” el día siguiente.



Pero sólo un día después, el conflicto se reaviva, y los panaderos vuelven a la huelga, demostrando que los ánimos no estaban calmados y ninguna de las partes tenía interés en ceder para rebajar la tensión.



### **3. LA SUBLEVACIÓN DEL 17 DE JULIO DE 1936**

#### **Los preparativos**

La conspiración que condujo a la sublevación del 17 y 18 de julio de 1936 fue mucho más cuidadosamente planeada que cualquier otro golpe anterior<sup>6</sup>. El general Mola, organizador de la conspiración, también llamado “director” de la misma, consideró imprescindible que la sublevación se produjera de forma simultánea en todas las guarniciones de las provincias españolas.

Los preparativos del alzamiento se vieron dificultados por los esfuerzos del gobierno republicano para neutralizar a los generales sospechosos. Franco fue destituido como jefe del Estado Mayor y enviado a las islas Canarias; Goded, destinado a las Baleares; y Mola, que estaba al mando del Ejército de África, pasó a Pamplona. Mola se encontró en un lugar inmejorable para organizar los planes insurreccionales en la península. Inevitablemente, a la cabeza de la conspiración estaba el veterano de las guerras de África y de anteriores intentos de golpe, el general Sanjurjo, exiliado<sup>7</sup> en Portugal<sup>8</sup>.

En 1936, el ejército español contaba con unos 100.000 efectivos, de los que 30.000 ó 40.000 estaban constituidos por las duras y eficaces tropas de Marruecos<sup>9</sup>, lo que nos hace comprender la relevancia de las acciones llevadas a cabo por Franco.

El gobierno seguía haciendo caso omiso de los repetidos avisos que recibía sobre la conspiración. Tanto Manuel Azaña, Presidente de la República, como Casares Quiroga, Presidente del Consejo de Ministros, eran singularmente inconscientes del peligro. Este último en particular fue informado de las actividades de un grupo de pilotos antirrepublicanos que estaban haciendo acopio de armas y bombas. Cuando Azaña fue informado, el Presidente sentenció que hacer semejantes acusaciones era

---

<sup>6</sup> PRESTON, P. La Guerra Civil española. Pág. 105.

<sup>7</sup> El general Sanjurjo lideró en 1932 un golpe de estado que no salió adelante, pasando a la historia como la “sanjurjada”. A pesar de haber sido condenado a muerte, el gobierno de la República le indultó y sólo sufrió exilio.

<sup>8</sup> PRESTON. La Guerra Civil española. Pág. 106.

peligroso. Así, Casares Quiroga se vio limitado a la hora de tomar medidas contra los sospechosos. Los errores de Casares Quiroga son legendarios: el 12 de junio tuvo la oportunidad de apartar al coronel Yagüe de su posición en Marruecos y la desaprovechó, el 15 de junio desoyó las advertencias del gobernador civil de Navarra, quien le informó de la reunión secreta celebrada por el general Mola con varios comandantes, y el 23 de junio, ignoró la advertencia del propio general Franco, que en una carta de una “ambigüedad laberíntica” insinuaba que el ejército permanecería leal si se le trataba como era debido, dando a entender que era hostil a la República<sup>10</sup>.

Llegados a este punto vemos la aparente facilidad con la que se preparó la conspiración. Mola y los demás tenían muy claro que tenían que contar con Franco para la sublevación, pues su influencia en el cuerpo de oficiales era enorme. Tenía, especialmente, un gran prestigio en el ejército español en Marruecos, la fuerza militar más eficiente y preparada del país, en la que había desarrollado su meteórica carrera. El golpe no tenía ninguna posibilidad de éxito sin el ejército de Marruecos y Franco era la persona idónea para dirigirlo. Cuando finalmente decidió sumarse a la insurrección se le asignó un papel importante pero secundario. Otros mandos se encontraban en mejor posición que él: Sanjurjo sería el nuevo jefe del Estado, se esperaba que Mola desempeñara un papel decisivo en la política del régimen vencedor, el prestigio de Fanjul le llevó a dirigir la sublevación en Madrid, y a Goded se le asignó Barcelona. Pero, a la postre, todos ellos vieron interrumpido su destino<sup>11</sup> y sólo Franco, mediante cuestionadas decisiones, terminó la contienda muy por encima de sus aparentes ambiciones iniciales.

El asesinato del político derechista José Calvo Sotelo, el 13 de julio de 1936, como represalia por la muerte del teniente José Castillo (número dos de la lista negra de oficiales republicanos), benefició claramente a los conspiradores militares, ya que el asesinato proporcionaba una justificación a sus argumentos de que España necesitaba la intervención militar para salvarse de la anarquía. Forzó el compromiso de muchos

---

<sup>9</sup> BEEVOR. La Guerra Civil española. Pág. 75.

<sup>10</sup> PRESTON. La Guerra Civil española. Pág. 107.

<sup>11</sup> Sanjurjo murió en accidente de aviación el 20 de julio de 1936, cuando se dirigía a España a hacerse cargo de los ejércitos sublevados. Mola se hizo cargo de la sublevación en Navarra, lo que le impidió “lucirse” en otros escenarios, y finalmente, murió el 3 de junio de 1937 en otro accidente de aviación. A Fanjul y Goded les correspondieron las regiones más atractivas, pero, a la vez, las más peligrosas para sus pretensiones, como así resultaron finalmente. Ambos salieron derrotados de sus intentos de insurrección y fueron fusilados por ello.

vacilantes, incluido Franco, e hizo que quedaran disimulados los largos preparativos que habían precedido al golpe del 17 y 18 de julio. Con la muerte de Calvo Sotelo, quedó eliminado el principal rival político de Franco, el que hubiera sido llamado a ser el dirigente civil después del golpe<sup>12</sup>.

Las órdenes finales del general Mola fijaban el levantamiento del ejército de África para las cinco de la mañana del día 18 de julio. Veinticuatro horas más tarde, debían hacerlo todas las fuerzas de la Península. Ese margen de tiempo debía permitir que el ejército de África controlara todo el Marruecos español antes de ser transportado a la costa andaluza por la flota, que también tenía que sublevarse<sup>13</sup>.

Como comandante militar de las islas Canarias, Franco tenía su cuartel general en Santa Cruz de Tenerife. Era preciso que se trasladara a Marruecos para hacerse cargo del poderoso ejército africano. El avión *Dragon Rapide*, estaba en Gran Canaria<sup>14</sup>, a su disposición. Sólo faltaba la excusa para usarlo. Y ésta llegó en la mañana del 16 de julio, cuando el general Amadeo Balmes, comandante militar de Gran Canaria, resultó herido de muerte al recibir un balazo en el estómago cuando probaba unas pistolas en un campo de tiro. Así lo recogió “El Telegrama del Rif” en su edición del 17 de julio de 1936, donde nombra al General Franco como posible autoridad a presidir el entierro.



<sup>12</sup> PRESTON. La Guerra Civil española. Pág. 111.

<sup>13</sup> BEEVOR. La Guerra Civil española. Pág. 82.

<sup>14</sup> El *Dragon Rapide* se encontraba en Gran Canaria desde el 14 de julio. El marqués de Luca de Tena, propietario del diario monárquico ABC, dio instrucciones a su corresponsal en Londres para que alquilara un avión que condujera a Franco de Canarias a Marruecos, donde debía asumir el mando del ejército de África.

Aún hoy es virtualmente imposible afirmar si su muerte fue un accidente, un suicidio o un asesinato. Lo único que se puede asegurar es que murió en el momento exacto que Franco necesitaba. Franco debía presidir los funerales en Las Palmas el 17 de julio y así pudo viajar hasta allí. Los conspiradores tenían previsto que el 18 Franco viajara a Marruecos para dirigir la sublevación, pero a primeras horas de la tarde del día 17 de julio se sublevaron las guarniciones de Melilla, Tetuán y Ceuta<sup>15</sup>.

### Los preparativos en Melilla

El melillense Vicente Moga nos hace un relato pormenorizado de los sucesos acontecidos aquel fatídico 17 de julio de 1936 en Melilla en su obra *Las heridas de la historia. Testimonios de la guerra civil española en Melilla*, publicado en 2004 por la editorial ALBORAN BELLATERRA. La relación de hechos está basada, principalmente, en dos históricos documentos que recoge de forma literal y a modo de Apéndices en el propio libro:

- El primero es la Memoria redactada por el que fuera interventor regional de Nador, José María Burgos Nicolás, en Berkán, el 22 de julio de 1937. El expediente policial fue titulado Intervenciones de la Región Oriental del exinterventor regional huido a zona francesa. Se recoge como “Copia de la exposición de hechos halladas en el Consulado de Rabat en cuya memoria pretende justificar su actuación como Interventor ante el Gobierno Marxista ROJO”.
- El segundo es la relación de hechos redactada por el que fuera delegado del Gobierno en Melilla al inicio de la guerra civil, Jaime Fernández Gil, en Tánger, el 20 de enero de 1937. Fernández Gil de Terradillos, que volvió a contar su experiencia tras su regreso a España desde el exilio mexicano, indica que debía su liberación de la cárcel de Melilla al capitán de la Guardia Civil Buenaventura Cano.

---

<sup>15</sup> PRESTON. La Guerra Civil española. Pág. 112.

Otra parte importante del relato de hechos que realiza Vicente Moga se apoya en la información que aporta J. Martínez Abad, publicista de la sublevación franquista.

Cuenta Vicente Moga, que en los primeros días de julio de 1936, comenzaron a concederse en la guarnición de Melilla permisos de 45 días. Se había establecido que los soldados los tomaran repartidos en tres turnos, en los meses de julio, agosto y septiembre. Con esto, el Gobierno –que ya había recibido varios avisos previniéndole de un posible levantamiento- pretendía dejar sin efectivos las distintas compañías, ante el temor de una sublevación de los mandos en las plazas de soberanía y en el Protectorado.

En la primera quincena se intensificaron las reuniones entre los elementos de derecha. En estos momentos tres lugares de Melilla atraen la atención de los confabuladores: los almacenes de Fidel Pí y Casas, la céntrica sastrería de Sabio, en la avenida de la República, y la casa del administrador de Correos Carlos Marina.

El 8 de julio desembarcó en Melilla el nuevo delegado gubernativo, Jaime Fernández Gil de Terradillos, que pertenecía a Unión Republicana. Esa segunda semana de julio comenzaba la cuenta atrás a través de unos acontecimientos desbocados. El día 10 se celebró la última sesión del Ayuntamiento republicano, presidido por el alcalde accidental Ricardo Fius Mollet, al haber presentado Antonio Díez la dimisión por enfermedad.

El 10 de julio, el Comandante de la Guardia Civil, Jefe de Seguridad de la zona del Protectorado y de la Comandancia de Melilla, visitó al interventor regional de Nador, Burgos Nicolás. Según el relato<sup>16</sup> de éste último, la visita le resultó altamente sospechosa y sus temores se confirmaron cuando, al día siguiente, recibió una nota de su más importante confidente, que utilizaba el seudónimo de Benavente, en la que le ponía sobre aviso y le prevenía de lo que se podía estar tramando. Burgos contó todo lo sucedido al Delegado Fernández Gil.

El domingo 12 se produjo el acto final de las maniobras militares en el Llano Amarillo de Ketama, donde se celebró un gran desfile oficial de las tropas, con la

---

<sup>16</sup> En los Apéndices de Las heridas de la historia de Vicente Moga.

participación de unos 18.000 hombres. Se cuenta que, en el banquete posterior, ya se oyeron consignas<sup>17</sup> relacionadas por la sublevación ante la presencia ignorante del General Romerales. Las maniobras de Ketama han sido señaladas como de gran importancia para la conspiración y lo sorprendente es que Romerales no tomara medidas ante la actitud de aquellos jefes y oficiales.

“El Telegrama del Rif” del día 16 de julio recoge una breve nota sobre el final de las indicadas maniobras en el Llano Amarillo.



En las instancias oficiales, el día 14 el delegado del Gobierno era puesto en guardia por un telegrama del Ministerio de la Gobernación indicándole que, como respuesta a la muerte de Calvo Sotelo, se preparaba una sublevación conjunta de elementos de la derecha y militares. Al día siguiente, al regreso de Romerales de las maniobras de Ketama, éste fue alertado por el delegado gubernativo, Fernández Gil, y el interventor regional de Nador, Burgos Nicolás. Según el relato de Burgos, Romerales sólo pudo lamentarse del poco caso que hacía su Jefe Superior a sus peticiones y la poca vista que tenía al colocar a mandos militares de conocido desafecto a la República en

<sup>17</sup> Vicente Moga recoge en Las heridas de la historia el siguiente testimonio de Llordes Badía: "... a la hora del postre empezaron a reclamar a grandes voces que se les sirviera café, desde todos los lados de la larga mesa. Yesta era la consigna: CAFÉ. Camaradas, Arriba Falange Española".

los lugares más estratégicos. Fernández Gil también se entrevistó en Melilla con el coronel Delgado del Toro, jefe del sector de Villa Alhucemas. Éste le confesó su certeza de que los oficiales leales de la Circunscripción Oriental estaban en minoría.

El 15 de julio, al regreso de las tropas del Llano Amarillo de Ketama se encontraron con una ciudad radicalizada. No sólo había una huelga general, que afectaba especialmente a los panaderos (como refleja El Telegrama del Rif del día 11 de julio), sino que por todas partes reinaba también una gran confusión. El batallón de Cazadores número 7 se encontraba dividido en dos bandos enfrentados. De un lado, los cabos y sargentos frentepopulistas y, del otro, la mayor parte de la oficialidad –con el primer jefe de batallón, el teniente coronel Antonio Aymat Jordá, al frente-, comprometida en la conspiración anudada por el teniente coronel de Infantería Juan Yagüe Blanco –jefe de la Segunda Bandera de la Legión destacada en Dar Riffien, acuartelamiento cercano a Ceuta y Tetuán-, y por Seguí<sup>18</sup> en Melilla. Sin embargo, algunos destacados oficiales de Cazadores de Ceuta número 7 no estaban con los conspiradores, como el comandante Pablo Ferrer Madariaga, que fue arrestado la misma tarde-noche del 17 de julio y fusilado el 1 de diciembre de 1936.

El jueves 16 Fernández Gil era informado por el presidente local de Unión Republicana –Aguilar Lagos- de las actividades sospechosas que desarrollaban algunos militares retirados y conocidos fascistas, así como de que habían indicios de que se iban a repartir armas cortas entre paisanos de derechas. El delegado del gobierno puso al corriente al general Romerales de lo que iba a ocurrir, manifestándole que se iba a iniciar “un movimiento de derechas en toda España y que empezará precisamente aquí, en Melilla”. Manifiesta el interventor Burgos en su relato –que se encontraba en la reunión con Romerales y el Delegado Fernández Gil-, que el General escuchó atentamente todo lo que se le expuso, pero que en todo momento estaba en desacuerdo con esas informaciones, pues tenía conocimiento de todas las convocatorias sospechosas y todas ellas estaban “justificadas”. Aun así, Romerales informó al jefe de Estado Mayor y a los jefes de la Circunscripción, adoptando como medida de precaución que algunas parejas de la Guardia Civil custodiaran el edificio de la Circunscripción.

---

<sup>18</sup> Según manifestaciones de J. Martínez Abad, publicista de la sublevación franquista, el teniente coronel retirado Juan Seguí Almuzara se situaba al frente de la conspiración en Melilla. (Vicente Moga, Las heridas de la historia, pág. 79).

Y ese mismo día, 16 de julio, “El Telegrama del Rif” publicaba una breve información haciéndose eco de los rumores sobre una posible sublevación de Sanjurjo, que él mismo se encargaba de desmentir.



Fernández de Castro, historiador melillense, reseña que la noche del 16 de julio se reunieron en el local de la representación del Tercio los tenientes coroneles Seguí, Bartomeu, Barrón, Gazapo y Delgado Serrano, los comandantes Mezián, Rodrigo y Zanón, los oficiales aviadores Ugarte y Fernando Cirujeda, y también numerosos capitanes y subalternos afectos al movimiento.

Sin embargo, los militares eran conscientes de que para iniciar la sublevación no contaban con el apoyo de todas las fuerzas de Marruecos. Entre las llamadas “fuerzas adictas” se incluían: los grupos de Regulares de Barrón y Delgado (de Melilla y Alhucemas, respectivamente), en los que había capitanes como Azcona y Ferreiros; además de otro grupo muy nutrido de oficiales de Cazadores 7, que mandaba el teniente coronel Aymat; de Ingenieros, del batallón de Transmisiones, con el comandante jefe León Urzáiz Guzmán; de Artillería casi toda la agrupación, con su jefe el teniente coronel Agustín Riu, pero más directamente el capitán Vierna y el suboficial Garbín. En cambio, según el relato de Martínez Abad, no estaban avisados los jefes del batallón de Ametralladoras y la Legión.

La misma tarde del 16, tras una llamada telefónica de Solans al coronel Juan Bautista Sánchez González, en Alhucemas, el comandante de Regulares de Alhucemas, Ríos Capapé, recibió la orden de que llegara con su tabor a Melilla. Éste salió de Villa Jordana donde la noche del 16 de julio se produjo “el primer chispazo del alzamiento”. Ríos Capapé llegó a las puertas de Melilla la noche del 17, sin saber que ya se había producido la sublevación con éxito.

Aquella noche del 16 circulaban por la ciudad patrullas marxistas en servicios de vigilancia, mientras otros grupos de las Juventudes Libertarias intentaban controlar cerca de la frontera de Melilla a los coches que circulaban por la carretera de Nador, para que no transportaran legionarios.

Y en este ambiente se desvanecía el último día de libertad y democracia en España, cuando quedaban pocas horas para que nuestro país se sumiera en 40 años de oscuridad y dictadura.

### **El 17 de julio en Melilla**

En los libros de historia se recoge, de forma resumida y simple, que hacia el mediodía del 17 de julio, fue descubierto en Melilla el plan de los rebeldes para el día siguiente. En lugar de reaccionar con rapidez y severidad, el comandante general de Melilla, general Romerales, no se decidió a arrestar a los oficiales sospechosos. Por el contrario, el coronel Solans y el teniente coronel Seguí se movieron con rapidez y arrestaron al general Romerales aun corriendo el riesgo de que los demás conspiradores no estuviesen preparados<sup>19</sup>. Esta explicación es la que vamos a ampliar en este punto.

La Comisión Geográfica de Límites del Ejército albergaba en sus dependencias la Brigada Topográfica. Ocupaba un edificio situado en el antiguo cuartel del barrio de la Alcazaba, en el cuarto recinto fortificado de Melilla la Vieja, a escasa distancia de la cárcel de Victoria Grande y del Foso de los Carneros, sobre el que se encontraba el local de la Representación del Tercio. En este edificio se inició el alzamiento militar el 17 de

---

<sup>19</sup> BEEVOR. La Guerra Civil española. Pág. 83.

julio de 1936. El drama tuvo su temprano acto inicial en el escenario de la Comisión del Límites, adonde llegaron a las nueve de la mañana el teniente coronel Darío Gazapo y el capitán Carmelo Medrano, encontrándose allí con Juan Seguí.

A primera hora de la tarde se encontraban reunidos en la Comisión el grupo compuesto por los tenientes coroneles Seguí, Bartomeu y Gazapo; los capitanes Medrano y Cano, y los tenientes Comas, de la Torre, Tasso, Bragado, Sánchez Suárez y Samaniego. De estos últimos, el teniente de Ingenieros Manuel Sánchez Suárez fue el encargado de realizar el reparto de armas entre los civiles afectos al movimiento. Las armas fueron trasladadas a la Comisión de Límites, en donde fueron repartidas entre algunos falangistas civiles. El plan establecía que una vez finalizado el reparto, los falangistas abandonarían el edificio de la Comisión para regresar a las tres de la tarde. Esta información llega a nuestros días a través del publicista de la sublevación franquista J. Martínez Abad y se confirma mediante los relatos del Delegado Fernández Gil y del Interventor Burgos, quienes, sin haber presenciado tal suceso fueron avisados de lo que estaba ocurriendo, viendo ya con claridad que lo que se temían estaba ocurriendo.

Los sublevados mantenían relaciones constantes con los otros núcleos implicados en la preparación de la sublevación, cuyo plan de actuación dispuso Seguí: incautación de las radios de los buques, toma de los edificios oficiales y servicios públicos, etc. De igual modo, Seguí logró que las tropas de Tahuima, Nador y Segangan permanecieran acuarteladas, al conseguir que todos los oficiales de las tropas indígenas se encontraran concentrados desde la mañana del 17 de julio. Pero la aparente tranquilidad y la discreción con las que se desarrollaban estos preparativos quedaron pronto aireadas, al ser puestos en conocimiento del delegado del Gobierno.

En efecto, a las dos y media de la tarde, cuando Fernández Gil se encontraba almorzando con su mujer en la sede de la Delegación, fue informado de que habían comenzado a repartirse armas entre los falangistas. El presidente de Unión Republicana, el contratista de obras Felipe Aguilar, entregó a Fernández Gil dos pistolas Campogiro de calibre nueve largo, con abundante dotación de municiones, que le habían sido entregadas en la Brigada Topográfica a un confidente de la Delegación. Este “seudofalangista”, según lo denomina Martínez Abad, era el teniente retirado Álvaro González de la Cruz, amigo del falangista Antonio Cuadrado.

Fernández Gil tomó medidas para detener a las personas que realizaban el reparto y que se constituyeron en lo que se conoció más tarde como el “Comité rebelde de Melilla”: tres tenientes coroneles, Juan Seguí Almuzara, Maximino Bartomeu y Darío Gazapo Valdés; y dos comandantes, Rodrigo y Luis Zanón. Para ello, el delegado ordenó al teniente Juan Zaro Fraguas, jefe del Cuerpo de Seguridad que, con los guardias de asalto de que dispusiese y varios agentes de Policía, se dirigiese al local de la Brigada Topográfica a detener a los allí reunidos. Intentó el delegado contactar con los mandos de la Guardia Civil sin lograrlo. Sí pudo Fernández Gil informar al general Romerales, al que llamó a la sede de la delegación, convenciéndolo para que pusiese en juego todos sus resortes de mando, rodeándose seguidamente de los Jefes leales.

El general Romerales se dirigió a la sede de la Circunscripción, mientras, desde las dos y media de la tarde, el delegado se comunicaba por telégrafo con el subsecretario y el ministro de la Gobernación, Fernández Osorio Tafall y Juan Moles, respectivamente, informándolos puntualmente del desarrollo de los acontecimientos.

Fernández Gil informó también a José María Burgos Nicolás, el interventor regional de Nador, quien había acudido a la Delegación al ser avisado del reparto de armas. El delegado esperaba que el interventor regional, desde su sede oficial en Nador, controlara las mejaznías<sup>20</sup> armadas, como fuerzas presuntamente leales que tenía bajo su mando. Burgos Nicolás abandonó la sede de la Delegación, prometiendo a Fernández Gil preparar la huida de las familias de ambos desde Nador al Protectorado francés. Fernández Gil relata que esperó en vano nuevas noticias del interventor regional, al que acusa de haber provocado la indefensión de Melilla con su huida, ya que las fuerzas rebeldes de Tahuima pasaron por Nador sin encontrar la más ligera resistencia y llegaron a Melilla sin que se diese la más mínima noticia de su paso por parte del interventor regional Burgos. Esta conducta del interventor regional Burgos fue la única excepción entre todas las autoridades de la República en Melilla y su zona.

Por su parte, Burgos Nicolás detalla en su informe la soledad y la impotencia en la que se encontró cuando retornó a la oficina regional de Nador. A ello achaca su huida, al ser consciente de que no podía hacer nada y de que su vida corría peligro. Resulta particularmente inquietante el relato de Burgos de esos momentos, cuando, las

---

<sup>20</sup> Puestos de la policía marroquí.

pocas llamadas que le son atendidas en los diferentes cuarteles reflejan los pequeños triunfos particulares de los sublevados. “Aquí están tocando generala”, le dicen desde Regulares 2, o bien otros fingen no ser quienes en realidad son, como el capitán Murillo del Cuartel de la Mehaznía, que es él mismo el que niega serlo al teléfono, para crear una confusión aún mayor.

Y llega el momento de la verdad. A las cuatro y diez de la tarde fue cuando los reunidos en la Comisión Geográfica se dieron cuenta de que estaban cercados por once guardias de Seguridad mandados por el teniente Zaro, que precedían a los agentes de Policía. Fue entonces cuando el coronel Gazapo intentó ganar tiempo, mientras se llamaba a la cercana Representación del Tercio, desde donde acudieron veinte legionarios, mandados por el sargento Sousa. A su llegada a la Comisión fueron arengados por el teniente Julio de la Torre, que estaba en el patio del edificio. Mientras, el coronel Gazapo telefoneaba a Romerales, para verificar que había dado la orden de registro y mostrarle su desaprobación. Como escribe Bertrán Güell, éste es el inicio oficial de la sublevación, en el momento en que Gazapo corta abruptamente la conversación telefónica con Romerales, y le espeta: “pues, entonces, mi general, a la de tres”, y, a continuación, le cuelga el teléfono. Eran las cuatro y veinte minutos de la tarde del 17 de julio de 1936. La actitud adoptada por el teniente Zaro, al ponerse al lado del teniente de la Torre, permitió el inicio de la sublevación.

Una de las primeras medidas adoptadas por los sublevados consistió en avisar al Grupo Automovilista, de donde salieron autos hacia Nador, Tahuima y Segangan, encargados de trasladar tropas a Melilla. También se movilizó a la Falange. Iguales órdenes se dieron para acudir a la cárcel, a la Delegación Gubernativa, al Ayuntamiento y a la Representación de Regulares, mientras se adoptaban otras medidas, y se avisa a las banderas de Tahuima, se corta el cable de amarre de Telégrafos, se ocupan los centros oficiales, se toman los cuarteles... todo sin resistencia. La interrupción de las comunicaciones es siempre un punto clave en cualquier conflicto, y en el inicio de la sublevación no falló. Fue entonces cuando el Interventor Burgos, desde su despacho de Nador, ante la imposibilidad de comunicarse con el Delegado, decidió abandonarlo todo y a todos a su suerte. Pero Fernández Gil quedó a la espera de esa llamada que no llegó nunca, y que le hizo albergar la esperanza de que las tropas no se estaban acercando a la zona próxima a Melilla, cuando la realidad era que ya estaban a las puertas de la ciudad.

Uno de los principales centros oficiales en ser tomados fue el edificio de la Circunscripción Oriental y de la Comandancia Militar de Melilla. El asalto se produjo a las cinco de la tarde, hora en la que el delegado del Gobierno recibió una llamada telefónica del comandante general comunicándole que había resignado el mando en un subordinado suyo, el coronel Solans. Tras esta conversación –cortada bruscamente- el delegado conoció que el general Romerales permanecía desde ese momento incomunicado en la Comandancia General. Fernández Gil relata que los hechos se desarrollaron de forma violenta y que fue el teniente coronel Seguí el que, poniendo su pistola sobre el pecho del general Romerales, le obligó a telefonar a la Delegación comunicando su declinación del mando.

Cuenta Martínez Abad que cuando Romerales entregó el mando, el general se encontraba arropado por sus incondicionales: los comandantes Edmundo Seco Sánchez, José Márquez Bravo y Luis Izquierdo Carvajal; el capitán José Rotger Canals, y un sobrino del general. Todos ellos fueron detenidos. Luego llegaron a la Comandancia otros militares leales a la República que corrieron la misma suerte.

Detenido Romerales, el coronel Solans se hizo cargo del mando. Seguí, que se había hecho cargo de la Jefatura de Estado Mayor cuando llegó a la Circunscripción, designó al teniente coronel Gazapo para el servicio de información; al comandante Zanón y al capitán Medrano, para la sección de operaciones; y al teniente coronel Peñuelas y al capitán Bonaplata, para la sección de justicia. Aunque la ciudad ya estaba en poder de los directores de la sublevación, las unidades que se precisaban para ocupar militarmente Melilla no llegaron hasta el anochecer. Entre tanto, se contaba con las representaciones de los legionarios y Regulares, unos números de la Guardia Civil, y una compañía del Batallón número 7, que se sumó a los sublevados cuando acudía a la Circunscripción llamada por Romerales.

A la vez que conocía la toma de la Comandancia General, el delegado era informado de que las fuerzas enviadas a la Brigada Topográfica, al mando del teniente Juan Zaro, se habían dejado desarmar, sin oponer resistencia, por una sección del Tercio. Fernández Gil fue entonces conscientes de que ya “estaba el movimiento, en lo que a Melilla se refería, en marcha”. Lo que volvió a confirmar cuando el capitán Buenaventura Cano Portal, que se encontraba reunido con Solans en la Comandancia General, reclamó la presencia de los guardias civiles que había en la Delegación. La

mayor parte de la Guardia Civil se aprestó a unirse al bando rebelde, lo mismo que la fuerza de Carabineros, mandada por el teniente Gutiérrez.

En estas críticas circunstancias, junto al delegado permanecieron cuatro guardias de seguridad, el concejal Ricardo Fius, el delegado de Marina, Ibáñez, Felipe Aguilar, Antonio Juliá, Aurelio Martínez y dos o tres personas más. Además de los citados, otras autoridades civiles pasaron por la Delegación para enseguida reintegrarse a sus propios organismos. También acudieron a la Delegación algunos concejales, como Antonio Díez Martín, Aurelio Solís Díaz, Julio Caro de Córdoba y Bienvenido Rutllant Carol, estos tres últimos miembros del taller masónico melillense *14 de abril*, quienes, en compañía del alcalde accidental Ricardo Fius, se dirigieron al Ayuntamiento para constituirse en sesión permanente. La sesión prevista para las ocho de la tarde anotaba en el primer punto del orden del día el nombramiento del nuevo alcalde, pero los concejales reunidos fueron detenidos en el Ayuntamiento hasta el día 19. A la hora convocada para la sesión municipal el secretario de la Corporación, Carmelo Abellán, hizo constar en el libro de actas del Ayuntamiento “que ya no puede celebrarse sesión por estar ocupado militarmente el edificio y haberlo manifestado así el Jefe de las Fuerzas, hallándose además detenidos en el mismo edificio el Sr. Alcalde accidental y algunos Sres. Concejales”.

Fernández Gil indica que sucedió lo mismo con algunas autoridades militares, como el delegado de Marina, Ibáñez, que, junto con Felipe Aguilar fue a buscar al teniente de Carabineros y a concentrar la Compañía de Mar. También pasaron por la Delegación el subteniente Armando González Corral y el brigada Armando Calvo, ambos de Aviación, que desde allí partieron hacia la base de hidroaviones de la Mar Chica, para intentar la resistencia, con su jefe, el capitán Virgilio Leret al mando. A ellos se les atribuye la responsabilidad de los dos primeros muertos de las tropas rebeldes en la batalla de Atalayón, la primera de la guerra civil.

En esos momentos, Fernández Gil todavía confiaba en una acción conjunta del comandante general, del interventor regional y de la propia Delegación Gubernativa. Sin embargo, no sucedió así. La Delegación fue tomada por el teniente Bragado, que lo notificó telefónicamente a Seguí, sin que los guardias de seguridad que la custodiaban ofrecieran resistencia a los soldados y legionarios. Fernández Gil quedó allí retenido hasta las tres de la madrugada del 23 de julio, cuando fue trasladado a la cárcel de

Victoria Grande. Al mismo tiempo que se producían rápidas detenciones, los sublevados comenzaron a afianzar sus posiciones y el teniente coronel Bartumeu, con un grupo piquete de soldados de cazadores declaraba el estado de guerra leyendo un bando por las calles de la población.

Conforme la sublevación triunfaba en Melilla, se extendía la noticia a Ceuta y al Protectorado. Martínez Abad indica que a las nueve de la noche, el jefe de Transmisiones de Melilla, el comandante de Ingenieros León Urzáiz, comunicó al teniente coronel Gautier, en Ceuta, el inicio del movimiento. En la ciudad transfretana, la sublevación, comandada por Juan Yagüe Blanco, se inició a las once de la noche.

En Tetuán, tras ser conocidos los acontecimientos de Melilla, la ciudad fue tomada durante la noche del 17 de julio. La noticia fue comunicada por los telegrafistas “rojos” de Melilla a los de Tetuán a las cinco y media de la tarde, hora en la que entraron las tropas sublevadas en el edificio de telégrafos. El jefe del movimiento en la capital del Protectorado era el coronel Eduardo Sáenz de Buruaga, quien dispuso las instrucciones para la ocupación de la ciudad. A media noche, Tetuán se encontraba prácticamente controlada con las excepciones del palacete de la Alta Comisaría y el aeródromo de Sania Ramel, que fueron los últimos reductos de la resistencia republicana. La ocupación de la Alta Comisaría –de la que se hizo cargo Sáenz de Buruaga-, la de la Delegación de Asuntos Indígenas –de la que se ocupó el teniente coronel Juan Beigbeder Atienza- y la adhesión del Jalifa consolidaron la ocupación, pese al bombardeo posterior de la ciudad por la aviación republicana.

En el conjunto del Protectorado, la práctica totalidad de las poblaciones se sumó al alzamiento militar, aunque no sin ofrecer cierta resistencia, como ocurrió en Larache, donde la toma de los servicios de comunicaciones costó la vida de los tenientes Boza y Reinosá, que también fueron considerados las “dos primeras víctimas del alzamiento”. En el resto de los poblados el estado de guerra se proclamó paulatinamente. Se unieron a la sublevación Alcazarquivir, Arcila, Nador, Zeluán, Targuist, Dar Drius, Segangan, Villa Jordana, Riffien, Bab Tazza, Tahuima y Alhucemas. En todos estos lugares, fue decisiva la colaboración prestada al movimiento por parte de los servicios de Intervenciones.

En Alhucemas, al llegar la noticia de la sublevación de Melilla, las tropas estaban acuarteladas y dispuestas a todo. El coronel jefe del territorio, Delgado del Toro, fue detenido en su despacho. Los centros oficiales fueron ocupados y por la noche embarcó para Melilla una bandera de la Legión, en el buque España número 5.

Tánger fue la única excepción. La cosmopolita ciudad apoyó a la República y sirvió de refugio a los huidos del Protectorado.

La primera batalla de la guerra civil española se celebró en dos frentes: en primer lugar, en las calles de Melilla y, en segundo lugar, casi simultáneamente, en la base de hidroaviones de Atalayón. En esta última se encontraba un testigo excepcional, la escritora Carlota O'Neill<sup>21</sup>, esposa del capitán Leret, que pasaba en el aeródromo militar las vacaciones de verano con sus dos hijas.

En Melilla, los partidos políticos y los sindicatos intentaron reaccionar ante el estallido militar. La CNT, cuando conoció la actuación de los militares, se movilizó declarando la huelga general y constatando entonces que, pese a que los temores a un pronunciamiento eran conocidos, los partidos, los sindicatos y los militares republicanos no habían preparado ninguna respuesta. Se confiaba en el que gobierno dominaría a los alzados como en el caso de Sanjurjo en el 32. Pese a ello, la lectura del bando que declaraba el estado de guerra despertó enfrentamientos con algunos elementos de izquierda.

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en la ciudad, fuerzas de Regulares y de la Legión habían ido ocupando algunos lugares estratégicos del Protectorado cercanos a Melilla, considerados desafectos a los sublevados, como el aeródromo terrestre de Tahuima y la base de hidroaviones de Atalayón. Con base en los acuartelamientos de Nador y Segangan los insurrectos desarrollaron el plan de toma de los aeródromos, según las órdenes de Juan Seguí. Estas fueron comunicadas al teniente coronel Fernando Barrón, primer jefe del Grupo de Regulares de Melilla número 2, quien dispuso la salida de las tropas de Nador. Así, el grupo de Regulares de Melilla, al mando de Barrón, acudió a la base terrestre de Tahuima, que se ocupó sin lucha, ya que

---

<sup>21</sup> Carlota O'Neill, durante su exilio en México, escribió varios títulos relacionados con su experiencia durante la guerra civil. En uno de ellos, publicado en España bajo el título "Una mujer en la guerra de España" (ed. OBERON), relata cómo vivió la sublevación en Melilla y los cuatro años de prisión que sufrió en la cárcel de Victoria Grande, también en Melilla.

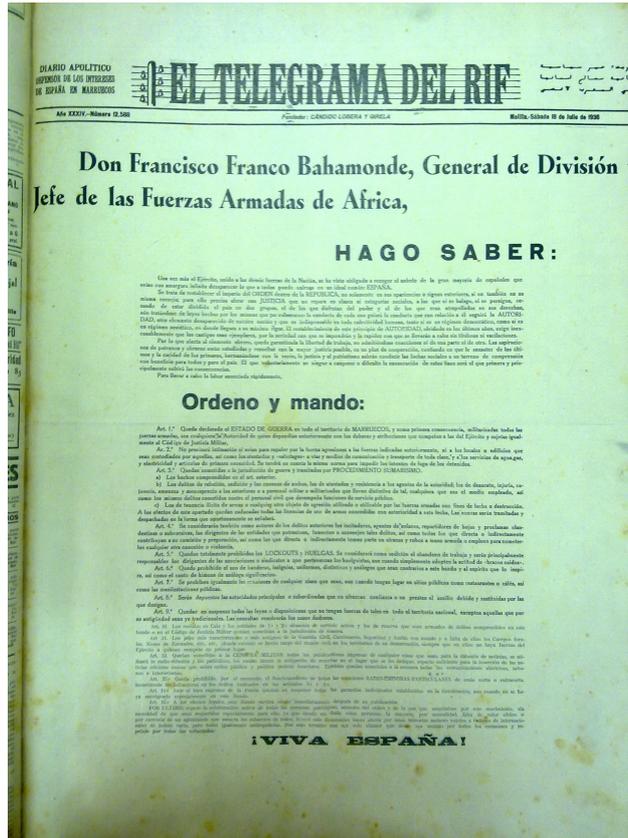
el capitán Ugarte y el teniente Cirujeda eran afectos a la sublevación, mientras que el teniente aviador Luis Bengoechea se unió a los facciones y el teniente Pérez del Camino huyó en un aparato a la zona francesa. Poco después de la toma del aeródromo llegó a Tahuima, procedente de Larache, el general Gómez Morato, que fue detenido.

En cambio, la base de hidroaviones de Atalayón, que estaba mandada por el capitán Virgilio Leret, sí presentó resistencia armada, de manera que tuvo que ser rendida por la fuerza por el escuadrón de Regulares al mando del capitán Corbalán. A pesar de que la base de Atalayón se encontraba con sus aparatos inutilizados, ya que habían sido desmontados los motores, no dudó en presentar batalla a las tropas que aparecieron por la carretera de Nador, en dirección a Melilla, con un centenar de hombres mandados por el capitán Leret y los alféreces Armando González Corral y Luis Calvo Calavia. Los tres pagaron con su vida la lealtad a la legalidad representada por la República.

Por otra parte, el comandante Mohammed Mezián Bel Kassen –compañero de Franco desde la Academia Militar- entró en Melilla al anochecer del 17 de julio, al frente del tabor de Regulares de Alhucemas. Ya desde los primeros momentos, las tropas “indígenas”, es decir, las integradas por marroquíes, se mostraron decisivas para la suerte de la contienda, lo que provocó múltiples comentarios favorables por parte de la historiografía y la propaganda franquista.

Los distintos intentos de oponerse a la sublevación no pudieron impedir que los alzados tomaran el rápido control de la mayor parte de la ciudad. En este sentido, al final de la tarde, Fernández Gil era informado de que no había habido ninguna resistencia en los cuarteles y que las fuerzas estaban ya con todos los mandos rebeldes. De esta forma, cuando llegaron a Melilla las fuerzas del Tercio y los tabores de Regulares, ya no hizo falta más para que la ciudad quedase completamente pacificada, sino ir desalojando a los grupos armados que permanecían combatiendo en los diversos barrios.

Al día siguiente de la sublevación, la edición de “El Telegrama del Rif” del 18 de julio publicaba en primera plana el texto del bando de guerra.



La tarde del 18 de julio, el Gobierno republicano reaccionó, intentando enderezar el rumbo de los acontecimientos. El ministro de Marina cursó por radio desde Madrid un telegrama urgentísimo a los comandantes de los destructores Lepanto, Sánchez Barcaiztegui y Almirante Valdés, que estaban situados frente a Melilla, ordenándoles que rompieran fuego sobre Campamentos y Cuarteles de Regulares, Centros Militares o Agrupaciones de fuerzas... sin embargo, ni esta reacción republicana ni el aislamiento marítimo al que quedó sometida la ciudad, cambiaron el curso de los acontecimientos.

#### 4. CONCLUSIONES

La caída de la República española parece quedar explicada mediante una fatal paradoja, como señala Beevor<sup>22</sup>, y es que unos hombres con unos grandes ideales creyeron que era cierto todo lo que defendían. Tanto que confiaron en todo lo que les rodeaba, pues estaba allí puesto por una república liberal, una democracia, que les impedía calificar o juzgar al resto como ellos nunca quisieron serlo en el pasado y, desgraciadamente, sí les tocó sufrirlo en su futuro inmediato.

Esta paradoja, que resulta enrevesada de explicar, también la recoge Preston<sup>23</sup>, aunque sin ponerle ese nombre. Y es que en la madrugada del 18 de julio, cuando Melilla ya estaba completamente tomada, al llegarle la noticia a Casares Quiroga, Presidente del Consejo de Ministros, éste dijo: “Está garantizado el fracaso de la intentona. El gobierno es dueño de la situación. Dentro de poco todo habrá terminado”. Las palabras de Preston resultan inquietantes: La Guerra Civil española había comenzado y la República ya estaba en desventaja.

Lo que los historiadores recogen es a un grupo de políticos idealistas, que confiaban en su pueblo, por la simple razón de que ese pueblo los había puesto allí mediante el uso de la legalidad del sistema democrático. Pronto habían olvidado la tradición golpista de nuestro país y demostraron muy poco acierto y poca visión al recolocar a los militares sospechosos de sedición en las diferentes regiones. La respuesta de los dirigentes republicanos fue en todo momento de confianza. Querían transmitir esa confianza a los demás, de la manera que fuese. Y cometieron el error de hablar por otros, probablemente, tratando de infundir en ellos el mismo espíritu.

En esta Memoria hemos tenido ocasión de conocer algunos de los avisos que se tuvieron antes del desastre. El Delegado Fernández Gil y el Interventor Burgos, a pesar de su muy diferente proceder a partir de la sublevación, muestran su unidad para intentar avisar y evitar. Pero, o bien aquello era inevitable, o los políticos de la época demostraron un talante democrático que no estaba a la altura del momento histórico que se vivía. Resulta conmovedor el aviso desesperado del Delegado y el Interventor a

---

<sup>22</sup> BEEVOR. La guerra civil española. Pág. 80.

<sup>23</sup> PRESTON. La guerra civil española. Pág. 112.

Madrid el 12 de julio, mediante conferencia mantenida con el diputado Manuel Torres Campana. Desde la capital sólo se pidió al Delegado y al Interventor que estuvieran “muy atentos a cualquier cosa que pudiera ocurrir”, cuando eso era algo que ya habían hecho, y lo que correspondía en ese momento era intervenir.

Resumiendo, la propia naturaleza de la Segunda República española fue lo que impidió que pusieran medios para evitar su destrucción.

Pero, ¿por qué Melilla? De la investigación llevada a cabo ha quedado claro que el ejército no fue sólo un arma utilizada por algunos para obtener un premio. La realidad es que en el propio ejército estaban los que querían repartirse el pastel. El estamento militar estaba destacado, en su mayor número, en el Protectorado que, casualmente, estaba alrededor de Melilla. Si las armas y las ambiciones estaban en el Protectorado, de ahí tenía que surgir la chispa. Melilla, simplemente, estaba ahí. De ella dependían muchos organismos, porque no podemos olvidar que la ciudad era una plaza de soberanía española desde 1497 y el resto del territorio de los alrededores, un “simple” Protectorado. La creencia de que tanto el Protectorado como la ciudad de Melilla fueron afines a la sublevación ha quedado refutada. La realidad es que hubo resistencia y una fiel lealtad a la República, que, aunque minoritaria, se mantuvo hasta el final en muchos casos.

Centrándonos en la cuestión melillense, se puede afirmar que las particulares circunstancias de esta ciudad, debidas todas ellas a su aislamiento peninsular, han dotado a la misma de una peculiaridad difícilmente observable en otras ciudades. Todavía se perciben en la misma vestigios de un pasado reciente pero muy remoto para los actuales residentes. A pesar de que las calles principales ya han renovado sus nombres (la avenida del Generalísimo luce hoy como avenida de Juan Carlos I), hay otras muchas que mantienen sus nombres de militares franquistas (como General Moscardó<sup>24</sup>, donde reside la autora de esta Memoria), y aún encontramos monumentos que ensalzan la victoria de los nacionales en el 39. El más sangrante de todos ellos, el que se encuentra en la Plaza Héroes de España, erigido en el mismo lugar donde se encontraba el café “La Peña”, lugar habitual de reunión de la izquierda melillense.

---

<sup>24</sup> Responsable de la resistencia nacional en el alcázar de Toledo durante los primeros meses de la insurrección.



Monumento en la Plaza Héroes de España. Melilla.

Lo sorprendente no es la elección del lugar para semejante monumento sino que a día de hoy, en el año 2011, todavía lo podemos encontrar en el mismo asentamiento. Y ninguna voz en la ciudad se ha alzado para procurar su destrucción, como en muchos lugares de la península ya ha ocurrido.

La sede actual de la Comandancia General de Melilla ha mantenido hasta el año 2005 en su fachada las dos placas de bronce que señalaban las fechas del “alzamiento en Melilla y la derrota del ejército rojo”. En la actualidad se encuentran en el Museo Militar de la ciudad.





El único monumento que ha centrado numerosas críticas ha sido la estatua de Francisco Franco que preside la entrada a la ciudad desde el puerto. Dicha estatua muestra al caudillo antes de su ascensión, pues está dedicada al “Comandante Franco”. Ese es el motivo por el que diversos sectores de la ciudad defienden su continuidad y, aunque estaba ya ordenado su cambio de ubicación, a fecha de hoy todavía luce en su privilegiada localización a la entrada del puerto.



Quizá la respuesta a esta extraña paradoja, a la que nadie en la ciudad presta la más mínima atención, se encuentre en que la peculiaridad de la ciudad se ha impregnado en la sociedad melillense. Soportar el aislamiento, la falta de alimentos básicos y la represión tuvieron que ser elementos que hicieron una vida difícil. Melilla, con el tiempo, se convirtió en lo que es hoy en día, una ciudad multicultural y tolerante, que respeta mucho al estamento militar. Lo militar impregna el modo de vida y se han cerrado las heridas de otra época. La cuestión de la multiculturalidad es un ejemplo, ya

que sólo hay que darse un paseo por la ciudad para darse cuenta de la variedad social, ésta que es el resultado de su historia tan apasionante que no sabemos cuál será su futuro porvenir.

## 5. BIBLIOGRAFÍA

- BEEVOR, ANTONY: La guerra civil española. Editorial CRÍTICA. Barcelona, 2005.
- JACKSON, GABRIEL: La República Española y la guerra civil. Editorial CRITICA (bolsillo). Barcelona, 1965 (edición de 1999).
- PRESTON, PAUL: La guerra civil española. Editorial DEBOLSILLO. Barcelona, 1978 (edición de 2010).
- BRAVO NIETO, A.; FERNANDEZ URIEL, P.: Historia de Melilla. Ciudad Autónoma de Melilla. Consejería de Cultura y Festejos. Melilla, 2006.
- GIL RUIZ, SEVERIANO; GÓMEZ BERNARDI, MIGUEL: Melilla. Apuntes de su historia militar. Editado por la Comandancia General de Melilla. Melilla, 1995 (edición de 2006).
- MOGA, VICENTE: Las heridas de la historia. Testimonios de la guerra civil española en Melilla. ALBORAN BELLATERRA. Barcelona, 2004.
- CARRASCO GARCIA, ANTONIO: Annual 1921. Las imágenes del desastre. ALMENA. Madrid, 2005.

<http://www.africa-turismo.com/mapas/ceuta.htm>

<http://www.vadehistoria.com/marruecos/index.htm>